

Grandes científicos, filósofos e intelectuales se han columpiado en algún momento de sus vidas con errores que han pasado a la historia de las grandes meteduras de pata.

La profusión de ideas equivocadas demuestra que es de sabios equivocarse.

Los grandes genios también meten la pata

Fernando Cohnen, *Jefe de Prensa del COITT*

Sir Harold Spencer, prestigioso Astrónomo Real de Gran Bretaña no tuvo reparo en afirmar en 1957 que «los viajes espaciales son una bobada imposible». Cuatro años después, el 12 de abril de 1961, el «cosmonauta» soviético Yuri A. Gagarin se convirtió en el primer ser humano que salió al espacio a bordo de la nave Vostok-1. La carrera espacial entre la Unión Soviética y Estados Unidos llegó a su fin en el verano de 1969, cuando Neil Armstrong, comandante de la misión Apollo XI, realizó el primer paseo lunar.

Tras el fracaso de su predicción, Harold Spencer debió pensar que hubiera sido mejor haber mantenido la boca cerrada. Es muy posible que Albert Einstein sintiera lo mismo después de exponer la siguiente reflexión: «No hay menor indicio de que se pueda obtener energía del átomo. Eso significaría que sería necesario desintegrarlo».

El Rey Midas de la informática, Bill Gates, fundador y presidente de Microsoft, tampoco ha sido inmune a las meteduras de pata. Hace años, el todopoderoso Gates aseguró que «640 kilobytes deberían ser suficientes para cualquier usuario de informática doméstica». El «gurú» de las nuevas tecnologías de la información no estuvo acertado en aquella ocasión. El ordenador más sencillo tiene actualmente una memoria RAM entre 500 y 1.000 veces superior.

Pero los errores no siempre son producto de un comentario atolondrado. Con



Estatua de David Hume

harta frecuencia, las nuevas ideas son las que han echado por la borda el duro trabajo que han realizado durante años investigadores de muy reconocido prestigio. ¿Le gustaría que alguien le dijera

que sus hipótesis, sobre las que ha construido su vida profesional, son absolutamente erróneas? Al igual que a usted, al científico tampoco le agrada enfrentarse a una nueva teoría que inesperadamente

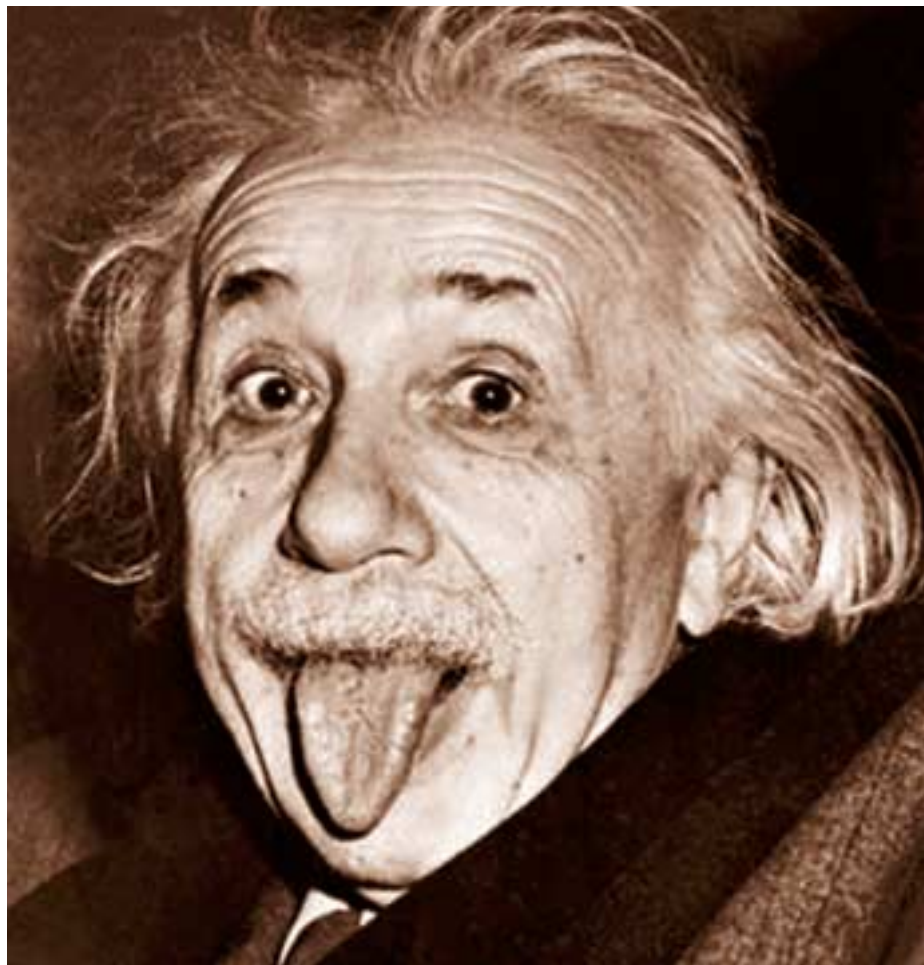
convierte la suya en algo obsoleto o carente de sentido.

Pero lo verdaderamente terrible es cuando un hombre de ciencia pontifica sobre un supuesto descubrimiento que a la postre resulta ser un monumental fiasco. El investigador británico Thomas Henry Huxley, abuelo del autor de la celeberrima novela «*Un mundo feliz*» (Aldous Huxley), experimentó esa desagradable experiencia al analizar una especie de gelatina blancuzca que un buque extrajo accidentalmente de las profundidades marinas y que alguien bautizó como «Bathybius», combinación de dos palabras griegas que vienen a significar «la vida de lo hondo».

Al analizar aquella enigmática pasta, Huxley encontró cuerpos redondos que parecían células. Convencido de su gran hallazgo, el investigador dedujo que la sustancia era el antecedente más primitivo de forma de vida en nuestro planeta. En 1875, Huxley escribió que el «Bathybius» era la «espuma de materia viva que rodea la Tierra». Sin embargo, aquella pasta resultó ser una masa de sulfato de cal que al ser depositada en frascos de alcohol había cobrado su singular y nauseabunda forma gelatinosa.

En la Grecia clásica, Pitágoras (580 a.C – 500 a.C.) estaba fascinado con los cinco sólidos regulares: el tetraedro, octaedro, cubo, dodecaedro e icosaedro. Cuatro de ellos los identificó con los cuatro «elementos» que se suponía constituían el mundo: tierra, fuego, aire y agua. El quinto sólido regular era un dodecaedro que sólo podía corresponder a la sustancia de los cuerpos celestiales (este concepto ha dado origen a la palabra «quintaesencia»). Los seguidores de Pitágoras lo consideraron tan peligroso que decidieron ocultarlo al resto de los mortales. Asimismo, los pitagóricos pensaban que la esfera y el círculo eran tan perfectos que los planetas se movían siguiendo caminos circulares. Influenciado por aquella teoría, Johannes Kepler perdió mucho tiempo en sus pesquisas sobre el movimiento de los planetas. Finalmente, el genial astrónomo descubrió que los planetas seguían elipses.

Por su parte, Aristóteles (384 a.C.- 322 a.C.) veía la naturaleza como una estructura jerarquizada y armoniosa en la



Albert Einstein

que los seres vivos más pequeños nacían por generación espontánea. Debido a que eran muy diminutos, el filósofo creía que estos seres procedían del agua, de la arena y el barro. Aristóteles daba por sentado que la acción del Sol y el calor infundía vida a moléculas que habían permanecido inanimadas hasta entonces. «Todo cuerpo seco que se vuelve húmedo o cualquier cuerpo húmedo que se se-

cuerpo humano procede de la hembra, el alma procede del varón». También pontificó sobre la situación de los individuos en la sociedad: «los de clase inferior son esclavos por naturaleza, y lo mejor para ellos como para todos los inferiores es que estén bajo el dominio de un amo».

También hubo grandes científicos que eran unos machistas recalcitrantes. En el año 164 de nuestra era, Galeno se convir-

que produce animales mientras los pueda alimentar». Aristóteles pensaba que el sexo femenino tenía una costilla menos que el masculino y afirmaba que «mientras el

tió en médico de la alta sociedad romana. La familia imperial y los gladiadores fueron sus pacientes. Sus habilidades han hecho posible que hoy su nombre sea si-

«En sus primeros años de investigación, el genial Albert Einstein creyó que no había indicios de que se pudiera obtener energía del átomo»

nónimo de la profesión médica. Pero su machismo visceral le hizo patinar gravemente. Galeno afirmó que la hembra era más imperfecta que el hombre. En opinión del conocido médico, la causa de la superioridad masculina radicaba en su sobreabundancia de calor. «Los testículos son más fuertes porque el hombre es más caliente. Si los animales más calientes son los más activos, los más fríos son los más imperfectos. Mientras el hombre tiene un órgano reproductor apropiado para la copulación y la emisión de esperma, la mujer posee un órgano hueco que recibe el esperma perfecto del varón», sentenciaba Galeno.

El genial Isaac Newton (1642-1727) manipuló y adulteró algunos de sus cálculos contenidos en «*Principia Mathematica*», según reveló su biógrafo Richard Westfall. Asimismo, el descubridor de la fuerza de la gravedad sentía una extraña inclinación por la alquimia y el ocultismo. Newton dejó numerosos escritos sobre profecías, glosas bíblicas, esoterismo y alquimia. Pero las ciencias ocultas también le sirvieron de inspiración. En 1663, Newton adquirió un libro de astrología y lo leyó hasta una ilustra-



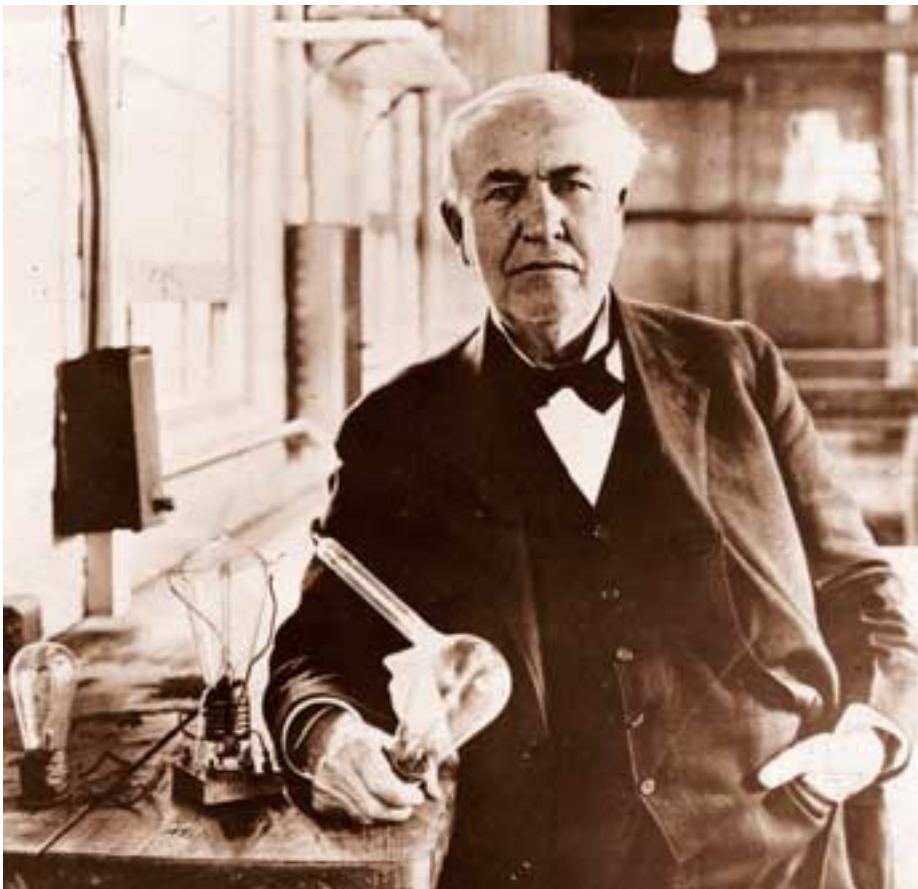
Un superordenador de IBM

ción que no pudo comprender, porque desconocía la trigonometría. Ajeno al desaliento, el genio estudió trigonometría y dos años después inventó el cálculo diferencial. Otro de sus biógrafos, John Maynard Keynes, le retrató como un judío monoteísta de la escuela de Maimónides. «Newton fue el último de los magos, el

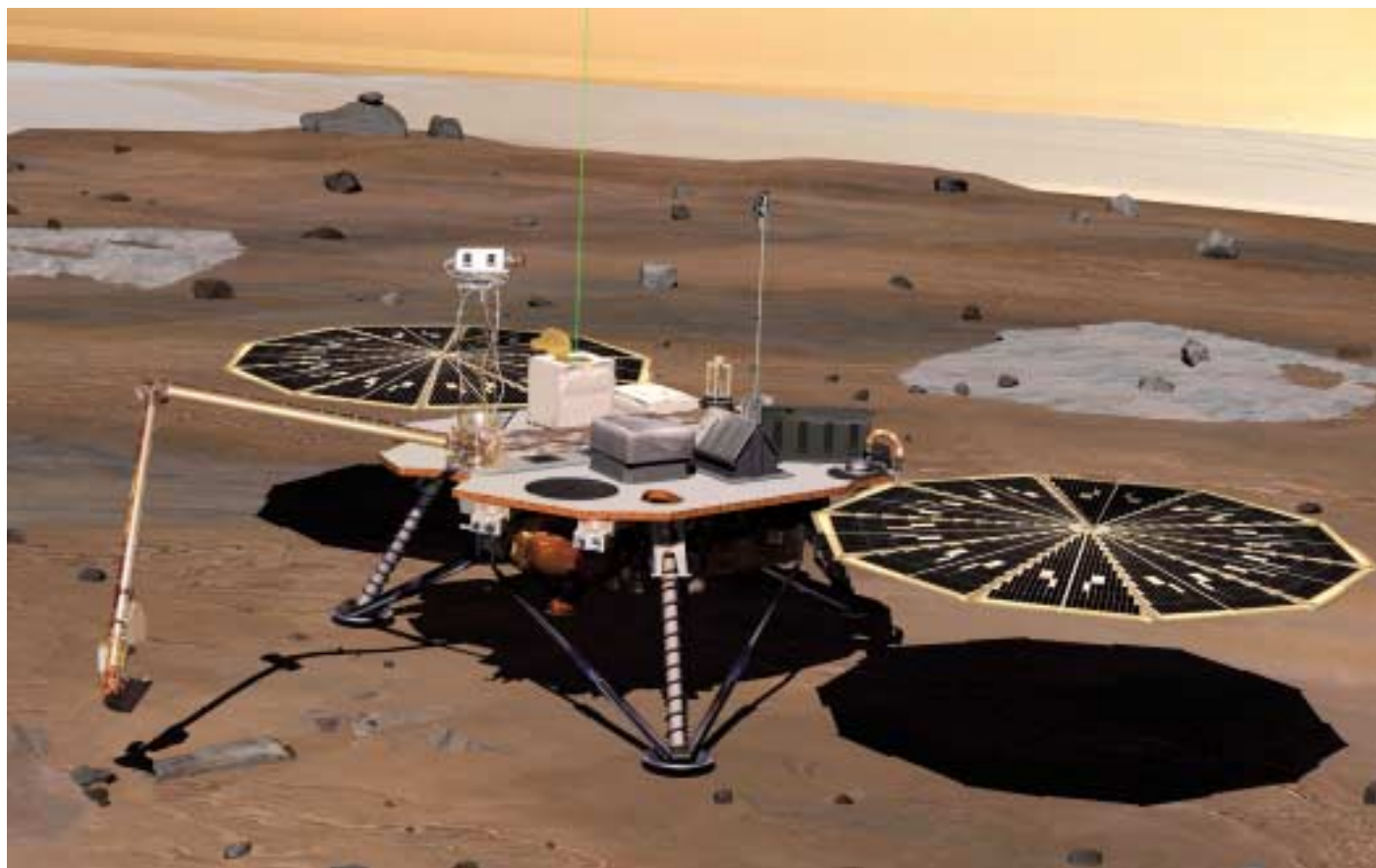
último de los babilonios y los sumerios, el último gran talento que miró el mundo visible e intangible».

Si ojeamos lo que postularon otros sabios hace cuatrocientos años, nos encontraremos con algunos de los disparates más surrealistas de la historia de la ciencia. ¿Se imagina cómo se pueden fabricar ratas en un laboratorio casero? La fórmula es sencilla. Coja una camisa de mujer sucia, introdúzcala en una vasija llena de granos de trigo y manténgala en el recipiente durante veintidós días, que es el ciclo de gestación natural de la rata. Pasado ese lapso de tiempo, podrá comprobar que los granos de cereal se han convertido en diminutos roedores. La peregrina teoría la propuso Jan Baptista Van Helmont en el siglo XVII. Sin duda, el respetado científico flamenco debió sufrir un episodio pasajero de locura, porque el resto de sus investigaciones con gases fueron tan brillantes que se le considera el inventor de la misma palabra «gas».

Pocos años más tarde, en 1677, el sabio holandés Antón Van Leeuwenhoek, primer observador de glóbulos rojos y fibras musculares, creyó que los vivaces espermatozoides que veía a través de su rústico microscopio eran el preludeo completo de un ser humano. En su opinión, el semen era el germen del embrión, ya que la hembra se limitaba a acogerlo y alimentarlo. Sus discípulos fueron más lejos al asegurar que el espermatozoide contenía un «humúnculo»,



Thomas Edison



A finales del siglo XIX, el astrónomo Percival Lowell anunció al mundo que tenía pruebas irrefutables de la existencia de vida en Marte.

una especie de ser diminuto con cabeza, piernas y brazos que una vez en la matriz de la mujer crecía a su costa durante el embarazo.

Resulta chocante que sabios capaces de descubrir aspectos vitales para el desarrollo de la ciencia hayan podido cometer errores tan sonados. Pero hay que ser indulgentes a la hora de enjuiciarlos. Al fin de cuentas, aquellas mentes privilegiadas se enfrentaban a un mundo muy influenciado por las teorías de Aristóteles y Platón, dos grandes pensadores de la Antigua Grecia que a pesar de sus dotes intelectuales tenían un conocimiento limitadísimo del organismo humano.

La ciencia florece con la continua actualización del conocimiento y la progresiva eliminación de errores. Ese proceso plagado de fallos y aciertos ha ido acompañado de tremendos forcejeos entre los que han defendido las ideas antiguas y los que han abanderado las nuevas. En ese crucial tira y afloja se han cocido algunos de los mayores disparates científicos de la historia.

Un buen ejemplo de este proceso lo constituye el estudio de los cometas. En 1578, un ilustrado obispo luterano llama-

**«El genial
Isaac Newton estaba
convencido
de que los planetas
se reproducían
practicando
una especie de sexo
cósmico»**

do Andreas Celichius publicó una advertencia teológica sobre estos cuerpos celestes. «Son la humareda espesa de los pecados humanos, que sube cada día, a cada hora, en cada momento, llena de hedor y de horror ante la faz de Dios, volviéndose gradualmente más espesa hasta formar un cometa».

Si en un ataque de misticismo Isaac Newton afirmó que «el espíritu proviene principalmente de los cometas», el escocés David Hume no le fue a la zaga cuando postuló que los cometas eran las células reproductoras de los sistemas planetarios. El autor del *«Tratado sobre la naturaleza humana»* estaba convencido de que los planetas se reproducían practicando una especie de sexo cósmico.

El talentoso Galileo también patinó en este apartado astronómico. En su opinión, los cometas eran fenómenos ópticos, una especie de «espejismos celestiales». Galileo tampoco acertó con las mareas, pues creía que se producían por la rotación de la Tierra. El fiasco de Edmund Halley, el descubridor del cometa que lleva su nombre, tuvo que ver con la naturaleza de nuestro planeta, al que consideraba hueco y habitado por otros

tres planetas más pequeños. En el siglo XVIII, el matemático suizo Leonhard Euler aseguró que en esa gigantesca oquedad terrestre habitaba una civilización que obtenía la luz y el calor de un enigmático sol interno.

Otro genial pensador con exceso de imaginación fue Immanuel Kant (1724-1804). Kant aseguró que «todos los planetas de nuestro sistema solar están poblados por seres inteligentes». El insigne filósofo estaba convencido de que el refinamiento de aquellas criaturas crecía a medida que los planetas donde vivían estaban más alejados del Sol, de modo que Mercurio y Venus estaban habitados por seres inferiores, y Saturno por auténticos genios. El autor de *Crítica de la razón pura* escribió en 1764 que las mujeres no sentían ningún apego por el deber, ni por el apremio, ni tampoco por las obligaciones. «Me cuesta creer que el bello sexo sea capaz de tener principios», pontificó el respetado filósofo, que a buen seguro debió pensar que los habitantes de Mercurio debían ser en su mayoría mujeres.

Sigmund Freud (1856-1939) pensaba que la cocaína podía ser un buen remedio para estimular el cerebro y curar la depresión. Recetaba la droga a la mayoría de sus pacientes y a familiares. También le proporcionó cocaína a su novia, ya que el eminente investigador creía que esa sustancia mejoraría la palidez de sus mejillas. El gran divulgador del inconsciente estaba convencido de que la cocaína podía resolver muchos desajustes mentales y fue tanto su entusiasmo por aquel estimulante que llegó a asegurar que su consumo no producía adicción ninguna.

«Immanuel Kant aseguró que todos los planetas de nuestro Sistema Solar están poblados por seres inteligentes»

No tardó mucho la comunidad científica en recriminar a Freud su entusiasmo con aquella droga. El propio creador del psicoanálisis reconoció su error tras cuatro años de consumirla asiduamente. Apesadumbrado por su inconsciencia, Freud alertó del peligro de la cocaína.

El gran inventor Thomas Alba Edison (1847-931) logró un amplio abanico de pa-



El sabio holandés Antón Van Leeuwenhoek

tentes, muchas de las cuales son vitales en nuestra sociedad. Pero su fantástica creatividad le condujo en alguna ocasión por caminos escabrosos. Dio crédito a lo paranormal y contrató los servicios de médiums que le convencieron de la posibilidad de establecer contacto con los muertos. También investigó la actividad eléctrica del cerebro

para tratar de hallar un sistema que desvelase la dinámica física del pensamiento. Gastó enormes sumas de dinero en comprar minas de hierro, ya que creía haber descubierto una técnica para separar el mineral de la tierra utilizando grandes imanes. El invento nunca funcionó.

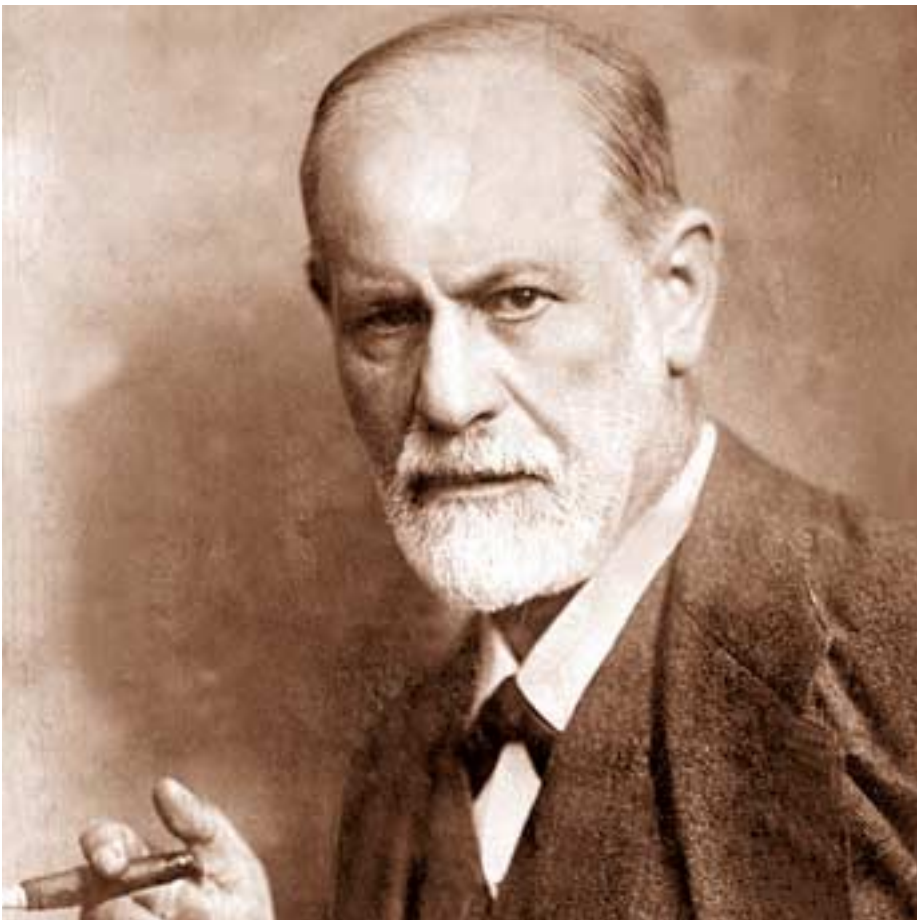
Incluso los mejores entre los más geniales también comenten pequeños desli-

ces. La teoría de la relatividad se ajusta perfectamente al modelo del universo conocido con el nombre de «explosión primera» o «big bang». Hacia 1915, el creador de esta teoría, el genial Albert Einstein (1879-1955), no quiso tomar en cuenta sus propias ecuaciones, que apoyaban el concepto revolucionario de un cosmos en expansión, y no el concepto de universo estático que muchos astrónomos defendían en aquellos años. Abruñado por sus propias deducciones, Einstein decidió podar su teoría hasta reducirla a una dimensión «normal», para lo cual añadió a sus ecuaciones un «miembro cosmológico» que se sacó de la manga. Posteriormente calificó aquel enjuague como «la mayor tontería de mi vida».

Thomas J. Watson, presidente de IBM en 1943, fue incapaz de adivinar el auge que cobrarían los ordenadores personales en el futuro. «El máximo de computadoras que se podrá vender en el mundo es de cinco», aseguró el responsable



Lord Kelvin sentenció que la edad de la Tierra era de entre veinte y cien millones de años.



Sigmund Freud creía que la cocaína era una sustancia terapéutica muy beneficiosa.

de IBM, una poderosa multinacional que desde entonces ha impulsado el consumo masivo de equipos informáticos en todo el mundo. Aunque era un magnífico vendedor de cajas registradoras, Watson adolecía de intuición en el campo de la tecnología. Fue su hijo Tom el que arriesgó 5.000 millones de dólares a mediados de los años sesenta del siglo XX para poner en marcha una nueva noción de arquitectura escalar en computadoras. Su apuesta fructificó con el ordenador de la familia System/360, un abrumador éxito de ventas que consolidó a IBM.

Igualmente chocantes resultan los errores relacionados con los avances tecnológicos en el transporte. En 1830, el doctor Dyonisius Larner, del University College de Londres, dictaminó que el ferrocarril de vapor era un peligro, ya que los viajeros morirían de asfixia, al no poder respirar a tanta velocidad. No contento con aquella profecía, Larner arremetió contra el barco de vapor. En su opinión, ese tipo de navío nunca podría cruzar el Atlántico porque la travesía requería más carbón del que podía llevar.

Pero, sin duda, en el primer puesto del *top ten* de grandes fracasos científicos lo ocupa Lord Kelvin, presidente de la Royal Society. A pesar de sus grandes logros, ya que jugó un papel fundamental en la segunda ley de la termodinámica y en la medición de la temperatura absoluta, Lord Kelvin hizo la siguiente afirmación en 1895: «El que un objeto más pesado que el aire pueda convertirse en una máquina voladora es una idea sencillamente imposible». Ocho años más tarde, en 1903, los hermanos Wright realizaron el primer vuelo de la historia de la aviación.

Tras augurar el fracaso de los aeroplanos, Lord Kelvin calculó la edad de la Tierra, y sentenció que ésta era de entre veinte y cien millones de años. Tampoco se le movió un solo músculo de la cara cuando anunció en Nueva York que el alumbrado de la «Gran Manzana» era visible para los habitantes de Marte. Y es que el planeta vecino ha dado mucho de sí.

A finales del siglo XIX, el astrónomo Percival Lowell anunció al mundo que tenía pruebas irrefutables de la existencia de vida en Marte. Este bostoniano, que pasaba largas noches en vela observando



Lord Kelvin aseguró que el hombre no podría volar jamás.



Hace ya muchos años, Bill Gates aseguró que 640 kilobytes deberían ser suficientes para cualquier usuario de informática doméstica.

el cosmos con un telescopio, logró atraer la atención del gran público al afirmar que la superficie del planeta rojo estaba repleta de canales artificiales, lo que indicaba la obvia presencia de individuos inteligentes. Una idea que aprovechó años después el escritor H. G. Wells para escribir *La guerra de los mundos*, una historia de ciencia ficción que narra la invasión de un ejército de agresivos marcianos.

Aunque todas las ciencias tienen sus peculiaridades, los paleoantropólogos reconocen que su especialidad es particularmente singular, habida cuenta la gran cantidad de controversias y fiascos que se han dado en ella. «Prácticamente todos los hallazgos pueden describirse como ‘huesos polémicos’», asegura el investigador británico John Napier. Los restos fósiles de «Lucy», el *Australopithecus afarensis* que encontró Donald Johanson en Etiopía y cuya antigüedad se cifra entre 3 y 4 millones de años, también fueron objeto de encendidas polémicas.

La datación de «Lucy» y su posición central en la genealogía como nuestro antepasado directo subvirtió completamente las anteriores concepciones sobre los orígenes humanos, creando los inevitables resquemores en algunos sectores de la comunidad paleoantropológica. Muy especialmente los de Richard Leakey, cuyos trabajos le habían situado hasta entonces como el máximo experto en la materia, gracias sobre todo a un cráneo de dos millones de años de antigüedad, que era considerado el antepasado más antiguo del hombre.

Cuando se presentaron oficialmente los restos de «Lucy» como un ancestral eslabón de nuestro linaje, Leakey y otros colegas suyos negaron la importancia del hallazgo. Mucho más deportivo se mostró el paleoantropólogo Matt Cartmill, que reconoció que el fenomenal descubrimiento de Johanson le puso «verde de envidia durante varios años». ●